

“IN MEMORIAM”

ZULOAGA

UNA de las figuras más representativas de la Pintura en la época contemporánea, Ignacio Zuloaga, ha caído bajo el peso de la muerte frente a velazqueñas lejanías, dentro de su casa-estudio, en este otoño coronador de sus mejores glorias artísticas, porque, tras el breve paréntesis del estival descanso en su casa de Zumaya, el éxito exposicional de su lienzo en el certamen, ya hecho famoso, de los floreros y bodegones, tan reciente, se enlaza con sus proyectos de realizaciones, a cual más exuberantes de genial concepción pictórica.

No vamos a hacer la crítica de una obra ya consagrada por el asenso unánime de técnicos y críticos; sólo nos limitaremos a trazar a modo de diseño los fuertes valores que componen su colosal figura en el mundo del arte reciente y actual, encarnados en la personalidad, tanto estudiada, del insuperado dibujante y dominador de la coloración en el retrato.

La villa guipuzcoana de Eibar le dió cuna en 1870 y vínculo de influencia familiar con el arte, ya que, descendiendo de familia de pintores, ceramistas, etc., pronto había de imbuirse por las rutas de la fantasía y de la inspiración en alas de un quehacer plástico, cuya vocación se despertó en su alma desde los primeros años.

Después los estudios de pintura en Madrid y el pensionado en Roma completaron la fogosa calidad de la obra zuloaguiana, creadora más tarde de escuela, animada por personalidad inconfundible y segura, sobre todo en el difícil arte de la composición y de la valoración a través del retrato.

Los personajes más del día eran tema constante para sus cuadros, caracterizándole con la nota de la capacidad de trabajo más sorprendente, ya que no es fácil encontrar simultaneidad de realizaciones más frecuente en toda la historia de los artistas.

A centenares se cuentan sus lienzos, todos con calidades de obras maestras, que, salidos de su estudio madrileño, de su anterior taller parisino de Montmartre o de la casa de Zumaya, estupendo museo de clásicos, asombraban a la crítica, a las cátedras y a las academias por la dotación extraordinaria de calidad y la gravitación insuperable de esencialidad argumental, dentro del ambiente más expresivo, peculiar y dinámico.

Gran señor de la pintura, Zuloaga no sólo cultivó su arte entregando a él su vida entera, sino que coleccionó joyas del Greco, Goya y otros grandes maestros de las distintas épocas entre los muros de sus residencias, y, embajador incansable del arte nacional, recorrió el Nuevo Mundo exponiendo con el aplauso más entusiasta de todos aquellos públicos.

Fué Presidente del Patronato del Museo de Arte Moderno, Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando y factor imprescindible en toda tarea de exaltación del arte del color, alcanzando en ocasiones triunfos que le han situado a la cabeza del movimiento universal de la Pintura contemporánea, como cuando en Venecia, hace bien pocos años, en 1938, obtenía, en competencia con los primeros pintores del mundo, el Premio Internacional.

Tras las estancias en Roma, París, Londres y alguna otra gran ciudad extranjera, se estima que el espíritu de Zuloaga fué influido poderosamente por la castellanidad sobria de Segovia y la gracia y sensibilidad andaluzas de Sevilla como impregnación exquisita en el estilo de sus grandes producciones; mas, sin entrar en la disquisición divagadora que plantearía el tema, lo cierto es que aquellos cuadros llenos de vigor, plenos de sentido, totales en detalle y expresión valorativa de psicologías y de costumbres, de época y de personalidad, cruzaron las fronteras patrias, atrayendo sobre España la mirada mundial escrutadora del tesoro de autenticidad que encierra.

Los juicios de pensadores en todos los matices de la literatura y de la tribuna han comentado con agudo análisis la semblanza inagotable de este artista, llenando una época contemporánea entera, en torno a tantos y tantos lienzos como decoran los mejores testeros de museos y casas nobles. Los asuntos variadísimos, pluriformes, alternan notas agudas de dramático sentimiento con felices claridades sinfónicas de fiesta, y «La víspera de la corrida», «Toreros de pueblo», «Idolos futuros», «La víctima de la fiesta», «El héroe de la fiesta», se combinan entre «Castilla la Vieja», «Gregorio el botero», «Las brujas de San Millán», «El Alcalde de Torquemada», «El corcico», «El buñolero», «El cardenal», y con los retratos ilustres de la Duquesa de Alba, Lucienne Breval, Marcela Souty, Mathie de Noailles, madame Garret, Rita Lydig, la Duquesa de Arión, Rodríguez Larreta, D'Annunzio, Domingo Ortega, Antonio Sánchez, Mr. Hayes, ex Embajador de Estados Unidos en Madrid, y tantos otros entre figuras destacadas de las Letras, el toreo, las Bellas Artes, la aristocracia de la sangre y la de la cultura. En todos los órdenes de la sociedad española o extranjera, el pincel de Zuloaga arrancaba a la celebridad la perpetuación de su fisonomía con magistral y pronta interpretación.

Esos retratos, muchos de ellos recientes, se engarzan en una serie de la que iban a formar parte los que en la actualidad, que ha sorprendido su muerte, ultimaba, y que son los de la Condesa de Motrico y de D. José Ortega Gasset.

Como toda colosal revelación, la genialidad singular de Zuloaga suscitó, en tiempos ya muy lejanos, apasionadísimos comentarios críticos, con las consiguientes divisiones de opinión, atestigüadoras de la honda huella que marcaba en la historia del arte una aparición ejemplaria en el mundo del quehacer plástico, tanto en los últimos días del siglo anterior como en los albores del que corre; mas ya data de lustros la indiscutida posición del pintor insigne, entre el vaivén constante y las diferencias imborrables de las tendencias, preferencias y subjetividades, que han sido polarizadas y en cierto modo unificadas por milagro artístico del genio, desaparecido en su producción, pero no en la estela luminosa de una cons-

telación rauda de triunfos que vienen a cerrar en el tiempo, ya que no en la memoria de todos los amantes del arte, la magna Exposición de retratos cuya inauguración fué honrada por la presidencia del Caudillo en el Museo de Arte Moderno, la celebrada en los salones de la revista *Escorial* y aquella, a la que aludíamos al principio, de floreros y bodegones, en la que introdujo Zuloaga su «in-criticable» cuadro —y decimos incriticable— porque no alcanzará nunca la laudatoria glosa de los críticos el rango que merece ese Zuloaga al que se llama «Nueve manzanas».